

Astrid Blackcloud; estudiante de primer año, fue la última en entrar al salón de clases tratando de no hacerse notar.

La profesora se envaró aun más y levantando un dedo dijo con afectada voz, dirigiéndose a la clase:

-De-co-ro, ¡señoritas! Esa es la clave de todo: el decoro...

Hizo una pausa dramática, pasó sus ojos por todas y cada una de sus alumnas de la clase de invocaciones y continuó caminando de un lado a otro.

-El decoro lo es todo -continuó.

-Ustedes, como próximas brujas en unos años, no deben olvidar que todas y cada una de ustedes son representantes de la gran hermandad antigua de las brujas y magos. Y que eso es posible a que gracias a los tres Arcanos que salvaron al mundo y fundaron el consejo hoy existe nuestro imperio. ...Debemos honrarlos con nuestros actos. -hizo una pausa.

-Debemos conservar las formas ante los comunes. Debemos darles un mensaje con nuestras acciones no con nuestras palabras de que magos y brujas fuimos elegidos por los dioses nacidos del rio para protegerlos y guiarlos: Estamos aquí para un destino mucho mayor que el de los simples campesinos -.

Hizo un gesto despreciativo con la boca y el tono de voz se hizo acre y continuó:

-O los muy avaros mercaderes, o los reyes soberbios o los brutos soldados... Nosotras estamos muy, pero muy por encima de los actos mundanos y cotidianos del mundo... Debemos hacerles saber que sabemos sanar, que sabemos defender, que conocemos secretos que ellos ni se imaginan. Nuestras responsabilidades los abarcan a ellos, pero ellos en su pequeña existencia no llegan a comprendernos, y eso puede ser peligroso.

La maestra dejó teatralmente que el aire volviera a entrar en los pulmones de sus alumnos, y prosiguió:

-Por eso debemos tener decoro... Por eso una bruja se sienta derecha en su escoba y cuida su forma impecable de vestir y sus formas al hablar. Es exacta es su decir, no comete el mas mínimo error en el dibujo de sus ritos y... solo comete un solo error de vuelo en su vida -.

Puso su vista un instante en Astrid Blackcloud, lo suficiente para que todo el salón se diera cuenta de que lo siguiente iba a ser dirigido a ella.

-Por eso - Subrayó. -Las brujas deben volar a la velocidad adecuada para ser decorosas; por eso las brujas no vuelan alto sin autorización del consejo y evitan las tormentas; por eso las brujas respetan las rutas aéreas y los procedimientos de vuelo... Por eso las brujas no hacen carreras de velocidad -.

hizo una pausa dramática.

-Ni tampoco colisionan con árboles... que de acuerdo con su profesora de herbolaria... creo que no se pueden mover. -remató.

Se oyeron algunas risitas apagadas que no hicieron mas que arrojar mas leña al fuego. La profesora, con ese tono de voz pulido a lo largo de cuatrocientos años, le preguntó a Astrid a sus espaldas.

-Señorita Blackcloud, ¿Cuál es el lema de la escuela de vuelo que se encuentra en la entrada de ese edificio?

TOOODAS, las miradas se posaron expectantes en Astrid, se puso de pie, y dijo lo mejor que pudo:

*-Volar no es magia romántica, Es una disciplina letal que tolera errores solo una vez.-*

Siguió una pausa demasiado larga.

-Bien dicho, Astrid, siéntate. -Se dió la vuelta y la docente decidió empezar su clase, no sin antes decir:

-Y con nuestras acciones también demostramos que tenemos más sentido común que la mayoría de la gente. ¿No es así, señorita Blackcloud?.

Astrid se hundió en la silla de su mesabanco con un "trágame tierra", mientras una hoja caía oportunamente de su caótica melena enredada.

El hombre miró en dirección al patio desde la ancha terraza del segundo piso de su propiedad, haciendo una pausa. Amplios arcos muy al estilo de climas templados se sucedían y solo se veían las puntas de arboles viejos, frutales y perenes plantados en su propiedad desde hacia generaciones en la isla reino de las islas de Térída.

Podía escuchar las risas de sus dos hijas y de su hijo...el menor, jugando en el patio en esa soleada y tranquila mañana. Sonrió y volvió a sus papeles.

Su esposa se acercó a la mesa, le llevaba pan, queso y una botella de vino y...dos copas.

Él suspiró, pero de una forma que no se notara sin alzar la vista, cuando algo importante se tenía que hablar, tenía que haber vino y pan para poder bajar las palabras.

- ¿Cuánto tiempo hemos estado juntos?. -Preguntó la dama con la tranquilidad de una flor en la mañana.

-No se. -se ajustó las gafas. -cuarenta?, ¿cuarenta y cinco años? Respondió.

-Cuarenta y ocho. Dijo la mujer sabiendo que su marido llevaba perfectamente la cuenta.

Él con esa mirada que solo años de amar a la misma mujer y por supuesto escuchar sus consejos, por que ella siempre tenia razón, preguntó.

-¿Qué pasa?-

- Tenemos que hablar, lo sabes... llevas años esquivándolo. ¿Qué vamos a hacer con Astrid?.

-¿De que hablas? Mujer. - Dejo los papeles que estaba viendo sobre su mesa que hacía las veces de despacho.

-Sabes de que estoy hablando Sauco, lo sabes perfectamente bien. Ya no se puede esconder y pronto y...en un año o dos o tres, vendrán.

Esas eran palabras que ardían como hierro al rojo vivo sobre la espalda. El hombre seguía resistiéndose a la idea y como todos los terrores, siempre los hombres tendemos a barrerlos bajo la alfombra, hasta que una buena mujer, la levanta y los barre fuera para que muerdan hasta el hueso.

No existen palabras humanas que puedan describir la perdida de un padre. Al hombre se le partió el corazón.

-¿Qué podemos hacer, amor? -preguntó con resignación.

La mujer se quedo largo rato escuchando a sus hijos en silencio. Sirvió dos copas. Una lagrima amenazo con caer, pero no, no cayó.

-Tienes conocidos y contactos Sauco, ¿se puede enviar lejos?, atrasar, ¿Qué sea mas difícil de ubicar? -expuso.

-Es posible pero no infalible, tu sabes que los grises tienen los brazos largos y ojos en todos lados, solo lo retrasaría unos cuantos años mas-.

-Sauco, Astrid es en extremo inteligente, más de los que ella admite y mucho más de los que ella sabe. Puede aprender a esconderse, puede aprender a pasar desapercibida, hay gente que lo ha logrado -.

Bajo la superficie de sus palabras se notaba el peso de la perdida.

-Son solo leyendas Amalia, y este mundo tiene demasiadas leyendas. El consejo siempre encuentra la manera tarde o temprano -.

-¿Qué hay de tus contactos en las repúblicas libres de Fiordos, el consejo no tiene tanta autoridad ahí, no son bienvenidos. Un buen partido entre tus allegados de mas confianza. Alguien que te deba favores, que tenga barcos-.

El hombre reflexionó un largo momento, la brisa cálida y agradable de la tarde sobre la pareja que discutía como iban a perder a su hija para siempre.

-No es mala idea Amalia, pero no funciona así. Tu la conoces, no le podemos imponer un matrimonio, no lo va a aceptar, no está en su naturaleza...¡demonios!, ni tu ni yo sabemos cual es su naturaleza - Rió.

-Aún si ella lo aceptara, ¿que le espera? ...no puede ser una señora de posesiones y fortuna, no por que no pueda adaptarse y vivir diferente de lo que le hemos dado, sino por que la expondría. Nuevamente...el consejo.-

La mujer intervino con esa voz que dictaba las grandes verdades de la vida y que su marido mas le valía escuchar.

-Eres un idiota ¿sabes?, a mi no me habría importado ser la esposa del remendón de zapatos y vivir en la pobreza, siempre que hubiera sido contigo-.

El hombre le tomó cariñosamente la mano a su esposa, no había verdad mas absoluta.

-¿Y quieres eso para tu hija?, ella tendría que perderse como la esposa de un pescador de los islotes y vivir en una chabola, con un tipo que cada botella signifique una golpiza, ¿quieres eso?, eso la destruiría. Eso es peor que la muerte, Amalia.-

-El ser bruja es peor que la muerte.- contestó la mujer con verdadero dolor

-Por que no puedes morir- añadió.

El silencio se extendió, la tarde empezó a dar lugar al atardecer, se sentía mas fresco. No se habían dado cuenta que los ruidos en el patio habían cesado. De seguro los tres ya estaban acosando a mayordoma rondando como buitres el horno de pan de la tarde. Amalia por fin habló:

-Astrid es hermosa, mucho más de lo que cualquier mujer soñaría. No parece mas de 15 años, estoy segura de que el Prior de la republica de Faros estaría encantado de casarla con su hijo. Tiene la edad, es Capitán de su propio barco y ella estaría lo mas lejos posible del consejo. En el centro de Faros. Rodeada y protegida. Tu y yo sabemos que el consejo no se atreve a poner un pie en faros. Los grises no operan ahí, no pueden-.

Sauco, el comerciante de vinos y bienes, 62 años de edad, 48 de experiencia en el negocio, se quedó en silencio sopesando las palabras de su esposa.

-No suena mal, Amalia, lo admito...pero no puede ser Astrid-.

Su mujer con toda la sabiduría del mundo esperó a que su marido continuara con la explicación.

-Todo el mundo en Térída sabe que Astrid tiene 25 años, oficialmente. Solo aquí en la hacienda sabemos que apenas aparenta con mucho esfuerzo 14, supongamos que con lo que las mujeres hacen, 15. Ya con esto está en edad casadera. Sari, tiene doce o trece supongamos que... nuevamente con eso que hacen ustedes le sumen un año-.

Hizo una pausa.

-Mmmm, es posible, es posible si plantea correctamente -.

-Podríamos hacer...algo, pero tendríamos que esperar un año para hacer el cambio, Tendremos que dejar madurar a Sari antes de que cometa un error, hacerle saber que prácticamente estaría condenando a muerte a su hermana si se sabe que ahora ella tomaría el papel de Astrid-.

Amalia, dejó correr una lagrime.

-¿Sabes que te amo, Sauco?-

Sauco se llevo la copa a los labios y decidió no perdonar ese pan y esos quesos.

-Creo que tengo que organizar un envío de lona a Faros, ahora que la temporada de tormentas termine-.

La pareja se tomó de la mano en la terraza, dejando que la tarde empezara a mostrar las primeras estrellas.